

encarnizamiento que pones en el trabajo. ¡Ah, querido amigo, qué lejos estoy de imitarte! Por de pronto, estando mi estufa apagada y temiendo al frío en los pies, te escribo en la cama, bien poco cómodo, puedes creerlo, porque con una mano tengo la bujía y con la otra hago garrapatear la pluma. Por otra parte, por la mañana, cuando podría escribir esto ó aquello, permanezco en la cama soñando despierto, y todo por pereza de encender mi fuego. Es mi canción eterna: trabajaría bien si estuviese encendida mi estufa, pero nada me resulta más enojoso que tal preparativo. Y la conclusión es siempre la de irme á calentar á casa de mi madre, jurándome ser más cuerdo en primavera. Con tal que no encuentre otra razón de ociosidad durante los calores; un perezoso tiene siempre algunas bellas razones para excusar su pereza, y nada es más fácil que probarse á sí mismo que tiene completamente razón.

Me preguntarás probablemente que á qué vienen estas cantinelas desprovistas por completo de interés para ti. Es que salgo de una ruda escuela, de la del amor real, de tal suerte que no sería apto para abordar un asunto cualquiera, tan abatido se encuentra mi espíritu. Tengo muchas cosas que contarte para cuando vengas; pero por cartas no se puede referir todo; el acontecimiento en sí mismo no es nada; los detalles son los importantes. Hasta dudo de poder comunicarte en un relato de viva voz todas las sensaciones dolorosas y rientes que he sentido. El resultado es, que ahora tengo experiencia y que conociendo el sendero, podré guiar seguramente á mis amigos. Otro de los resultados es que poseo nuevos puntos de vista sobre el amor y que estos me servirán en grande para la obra que pienso escribir.

Todo esto, te lo repito, es perder tinta y papel. Distintamente no veo más que una cosa: que debes tardar poco en venir y que disminuirán mis aburrimientos. Después, en un horizonte más lejano, que voy á tener

colocación, á ganar el pan por el día y á trabajar por las noches en mis bellos sueños. Y en fin, en confusión, en la niebla, apenas visibles, mi perro que me ama un poco, mi querida que no me ama sobre todas las cosas, y la muchedumbre, esta egoísta é indiferente muchedumbre que me habla, me rodea, se codea conmigo sin turbar la tranquilidad de mi desierto.

Te espero. Tu amigo

EMILIO ZOLA

Dí al señor Peicard que me ocupo activamente de su comedia y que espero la solución para escribirle Marguery también me había dado una comisión. Asegúrale que la haré en seguida.

XLII

París, 20 Enero 1862.

Mi querido Pablo:

Hace mucho tiempo que no te escribo y te aseguro que no sé bien por qué. París no ha valido nada á nuestra amistad; ¿es posible que ésta tenga necesidad para vivir gallardamente del sol de Provenza? Sin duda, algún desventurado *quid pro quo*, alguna circunstancia mal juzgada, alguna mala palabra acogida con poca benevolencia, ha enfriado nuestras relaciones. Ignoro la causa y quiero ignorarla siempre; removiendo el fango se ensucian las manos. Nada me importa; te creo constantemente mi amigo; entiendo que me juzgas incapaz de una acción baja, y que, por consiguiente, me estimas como en el pasado. Si es de otra manera, me harás gran favor explicándote y diciéndome francamente lo que me reprochas. Pero no es una carta de explicación la que deseo escribir. Quiero sólo contestar amigablemente á tu carta, y hablar un poco contigo, como si no hubiese tenido lugar tu viaje á París.

Me aconsejas que trabaje y lo haces con tanta insistencia, que no parece sino que el trabajo me repugna. Quisiera persuadirte de lo siguiente: mi más ferviente deseo, mi pensamiento cotidiano, es el de encontrar una colocación; la imposibilidad de colocarme me tiene clavado en casa; si estoy enfermo, si me siento debilitarme poco á poco es porque me veo, mozo ya de veintidós años, perder no solamente el tiempo presente, sino también el porvenir. Dite esto todos los días, dite que no estoy estancado voluntariamente en la pereza y que preferiría ser albañil á permanecer ocioso.

Baille no te ha engañado diciéndote que entraré próximamente, sin duda, en calidad de empleado en casa de Hachette. Espero una carta que me anuncie el ofrecimiento de una plaza vacante. Desgraciadamente esta carta puede sufrir cierto retardo y esta tardanza me mata.

Todavía no he visto á Lombard más que una vez. Aunque su casa está á dos pasos de la mía, salgo tan poco, que aun no sé cuándo le pagaré su visita. Le debo, sin embargo, algún reconocimiento. Me ha enviado al gerente de un periódico que buscaba un poeta; de modo que por su intervención, he visto últimamente algunos versos publicados, los primeros que han visto la luz en la capital. Si se mantiene este periódico podré adquirir un principio de renombre.

Veo regularmente á Baille los domingos y los miércoles. Apenas nos reímos; hace un frío de lobo y los placeres de París, si es que hay placeres, cuestan sumas locas. Nos reducimos á hablar del pasado y del porvenir, puesto que el presente es tan frío y tan pobre. Probablemente el estío traerá alguna alegría; si vienes, como lo prometes, en el mes de marzo; si estoy colocado, si la fortuna nos sonríe, entonces podremos vivir un poco con el presente, sin grandes nostalgias y sin desear demasiado. Pero ve ahí muchos *si* condicionales; si falta uno, todo se derrumba.

No me creas, sin embargo, completamente embrutecido. Estoy bastante malo, pero todavía no estoy muerto. El espíritu viejo hace maravillas. Hasta creo que me he engrandecido en el sufrimiento; veo y entiendo mejor. He adquirido nuevos sentidos que me faltaban para juzgar de ciertas cosas. Me parece que sería mejor pintor de ciertos detalles de la vida que hace un año. En una palabra mi horizonte se agranda, y, si puedo escribir un día, mi pincelada será más firme porque habré sentido lo que escriba. ¡Esperanza! Trabajo siempre en mi gran poema; Baille encuentra la idea grande; quiera Dios que la forma responda al pensamiento.

Y tú ¿qué haces? ¿cómo has arreglado tu vida? ¿Debemos decir adiós á nuestros sueños y vendrá la necesidad á frustrar nuestros proyectos?

Contéstame uno de estos días, cuando lo juzgues conveniente. Al entrar en casa de Hachette ó en otra cualquier parte te lo haré saber.

Baille me ruega que te dé un apretón de manos en su nombre. Tiene tanto trabajo que no puede escribirte ahora.

Mis respetos á tus padres. Te estrecha la mano, tu amigo,

EMILIO ZOLA

11, calle de Soufflot.

XLIII

París, 20 septiembre 1862.

Mi querido amigo:

Vuelvo á tener fe; creo y espero. Me he puesto á trabajar francamente; todas las tardes me encierro en mi cuarto y escribo ó leo hasta la media noche. Lo mejor de todo es que he vuelto á recobrar una parte de mi alegría. Me he dicho lo siguiente: Trabajando llegan los tontos, ¿por qué no he de ensayar este me-

dio? Voy á apilar manuscrito sobre manuscrito en mi mesa y después, un día los iré lanzando poco á poco en los periódicos. Ya he escrito tres novelitas de unas treinta páginas cada una, desde que se marchó Baille; cuento con completar una quincena y tratar en seguida de editarlas en cualquier parte. Estoy en los buenos días; río y no me aburro. Da esta buena noticia á Baille y dile que tu retorno acabará de curarme las heridas del pasado, porque, francamente, el pasado entró por mucho en mi descorazonamiento, de tal modo que casi anulaba el porvenir.

Una de las esperanzas que ha contribuído á hacer cesar mi tedio, es, sin duda, la de poder coger pronto tu mano. Ya sé que esto no es todavía bien seguro, pero tú me permites esperar y esto es mucho. Apruebo por completo tu idea de venir á trabajar á París y de retirarte en seguida á Provenza. Creo que es un modo de substraerse á las influencias de las escuelas, y de desarrollar alguna originalidad, si se tiene. Así, si vienes á París, tanto mejor para ti y para nosotros. Regularemos nuestra vida, pasando dos noches por semana juntos y trabajando las demás. Las horas en que nos veamos no serán horas perdidas; nada da tanto ánimo como charlar algún tiempo con un amigo. Te espero pues.

No tenías necesidad de franquear el paquete que debías enviarme; yo contaba con pagar el porte. Pero, ahora, la reflexión que me haces, me obliga á reflexionar á mi vez. Puesto que haces economías, quiero hacerlas también. Remite la tela á Baille que él me la traerá.

Respecto á la vista de la estacada, lamento vivamente que la lluvia no te deje trabajar. Cuando el sol luzca, vuelve á tomar el camino de las rocas y acábala lo antes posible. Si vienes á París con Baille, tráeme siquiera un esbozo, me contentará mucho. No obstante si el cuadro pudiera estar terminado para esta época sería mucho mejor. Todavía tienes un mes largo.

He visto á Marguery. Estuvimos reunidos ayer hasta media noche. La vista de este bello y grueso muchacho me ha producido un singular efecto. Era toda mi juventud que se presentaba á mis ojos de repente. Este tiempo está tan lejos, tantas sensaciones se presentaron ante mí de la juvenil edad, que permanecí un cuarto de hora casi temblando. Cuanto á él lo encontré lo mismo que lo dejé. Aix tiene la singular propiedad de las vocales.

El asunto del concurso para el premio de pintura era este año: *Corolián suplicado por su madre Viturie*. Ocho fueron colocados en logia; son ocho mamarrachos. El asunto estúpido por sí mismo ha sido tratado ocho veces estúpidamente. Es curioso pensar en que mientras nuestra escuela histórica decae, nuestra escuela paisajista se eleva por momentos. En poesía pudiera hacerse la misma observación: el género didáctico está muerto; el género lírico no ha tenido jamás más brillo que en nuestro siglo.

Pienso que Baille continúa en Niza. Le escribiré la semana próxima.

Escribeme cuando tengas que darme alguna novedad cierta sobre tu viaje. Piensa en tu cuadro. La hora se me ha echado encima y no puedo ni leer lo escrito.

Hasta luego. Te estrecho la mano. Tu amigo

EMILIO ZOLA

Mis respetos á tus padres.

